



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO II.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

10 de Julio 1878.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. 25 »
En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas
americanas, semestre anticipado, en oro. 20 »

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

NÚM. 7.

SUMARIO.

GRABADO.—La casa de Rubens.

TEXTO: Errores de educacion, por ROMUALDO ALVAREZ
ESPINO.—Hojas sueltas, por PATROCINIO DE BIEDMA.—
Poesías: El día del Señor, por JOSEFA ESTEVEZ DE G.

DEL CANTO.—A Mlle. Rattazzi, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Introduccion á una leyenda andaluza, por J. P. VELARDE.—Soneto, por Arturo Gazul.—Cartas de Paris, por CAYETANO DEL TORO.—Cartas abiertas, por GAMBORG ANDRESEN.—Virginia (novela), por FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.—Noticias.—Anuncios.

ERRORES DE EDUCACION.

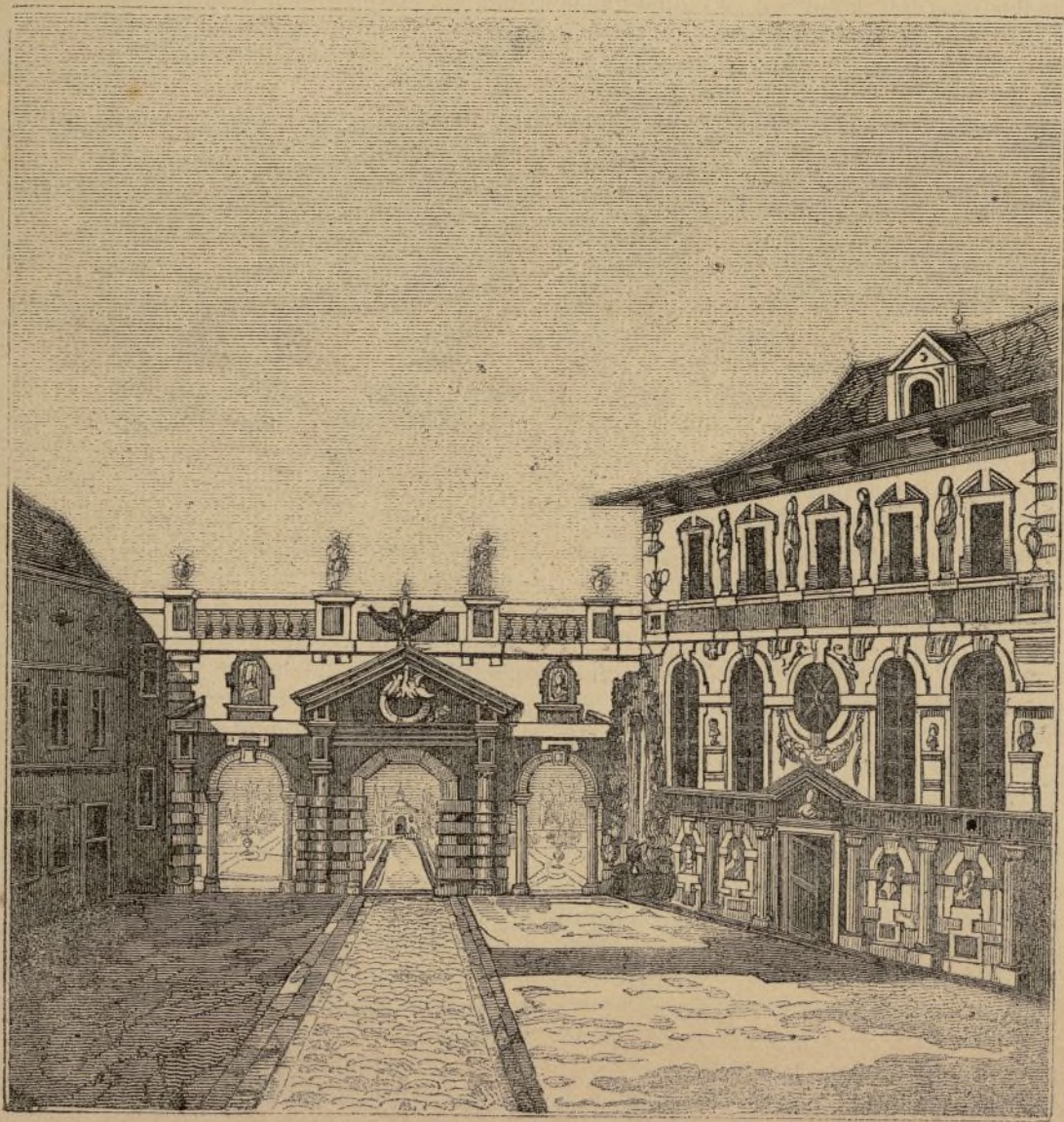
I.

LA PEREZA.

Dios ha dado por ley á la materia el quietismo: dentro de la molécula ha puesto el peso, por tanto la resistencia, y como consecuencia la inaccion. Una cosa que pesa es algo que tiende á situarse y á estar quieto; algo que se opone al movimiento, que resiste á la transformacion, que repugna el cambio; algo que se clava y que por sí solo no puede saltar de su sitio; algo que no entiende, que no ama, que no busca la vida.

Para que la materia no fuera la muerte, Dios la dió por alma la fuerza: y esta si es el movimiento, la elaboracion constante, el progreso indefinido, la vida sin término. Desde entónces un factor obra sobre el otro y la creacion se hace: el uno no puede estar sin el otro, porque el *Creador* no puede estar parado sin dejar de ser *Creador*; ni la criatura puede existir sin que el *Creador* la haga, y una criatura es un producto del movimiento, una exteriorizacion de la fuerza, un algo que viene á la vida arrancado del seno de ese *imposible* que se llama muerte. Si el quietismo es ley del átomo, la fuerza es alma de la masa: dos átomos en presencia el uno del otro desarrollan una fuerza, y ésta produce un movimiento de atraccion que se llama afinidad ó cohesion, y que viene á explicar la molécula, el cuerpo y la mole. Dos fuerzas en presencia una de otra, desarrollan una tercera, que se llama compuesta si aquellas se agrupan, y resultante en todo caso, aunque se dañen y debiliten; suma ó resta de intensidades, dan una variante de direccion y de potencia: pero dan una fuerza; porque si la materia está destinada á venir á la vida, el movimiento, que ya es vida, no podrá en ningun caso estar condenado á dar en la muerte.

Si la quietud es condicion, pues, de los cuerpos, y bajo ese concepto la naturaleza bruta es naturaleza muerta, la vida es ley del Universo, que resucita por la accion omnipotente de la fuerza al movimiento y al cambio. Cada



La casa de Rubens.

astro es un inmenso laboratorio; cada espacio interplanetario, es un piélago de fuerza; de sol á sol está la vida; en el vacío no podrían flotar las moles; esos hilos de oro que con el nombre de luz anudan las estrellas, y esas llamas que á través de distancias incalculables dan la fecundidad y llevan el calor y la animación á remotísimos planetas, vivos effluvis son, dotados de inmenso poder y de actividad inconcebible, que reparten por todas partes el movimiento y la transformación y ejercitan en la inmensidad la eterna ley del cambio, fórmula del pasado y razón del porvenir.

Apliquemos esta ley á la humanidad, ya que el hombre ufanamente se toma por síntesis del Universo, sin duda porque no extiende su mirada del lado allá de su cuna y su sepulcro, ni lleva su fantasía en inspirados vuelos muy por encima de esas flotantes gasas que forman nuestra atmósfera y que no son bastantes á impedir que hunda su mirada en los abismos de luz encendidos y removidos por la vida.

Al llegar al hombre, parece fuera de duda que la materia, que ha venido sometiendo al trabajo incesante de la fuerza, llega más elaborada, más excelente y perfecta á formar el organismo; por eso encontramos á éste más delicado, mejor concluido, más perfeccionado y bello, y á gran distancia del cieno, del tronco y del mono. La fuerza, del mismo modo es de diferente grado; el espíritu humano es más potente, más noble, más admirable en todas sus manifestaciones: sus facultades son más ricas y sus funciones más variadas que las de los agentes físicos que actúan en el mineral, que los de la vitalidad vegetal, y que los sensibles y locomotores de la escala zoológica. El alma no rechaza la proximidad del mundo químico, ni la influencia del fisiológico, ni el parentesco con cuanto es ciego, fatal é indestructible; mas agrega á ello una luz que es fuente de nueva vida, un calor que es germen de nuevos movimientos, una fuerza, en fin, que es razón de mayores y más preciosas transformaciones. Esta luz se llama inteligencia, este calor sentimiento, y esta fuerza, original y característica, conciencia; pero siempre la elaboración, siempre los cambios, siempre esa eterna ley de la actividad y de la vida.

Ahora bien; los agentes subordinan sus hechuras, y de aquí las clasificaciones naturales y las escalas de todo género: lo cual prueba que las fuerzas están ellas mismas ordenadas en gerarquía: por eso el calor puede más que la gravedad, y la luz hace más que el calor, y la electricidad es más potente que la luz: y por eso el pensamiento humano puede levantar todo peso, aplicar la expansión calorífica, jugar con la óptica y encadenar el rayo; por eso también el corazón puede amar el vicio, y engendrar la bastardía, y encender el odio; y por eso, en fin, la conciencia, ya que no es bastante á trastornar el mundo, conmueve á la humanidad, infringe las leyes morales y aborta el crimen.

Esto quiere decir que el único principio de desequilibrio y el único poder inarmónico existente en la creación, es la conciencia del hombre; y que por lo mismo que nada puede contra el orden físico y contra la paz de la naturaleza, se ensaña con la humanidad, atenta al orden moral y, vuelta contra sí misma, conmueve las leyes que presiden á su destino, dirige las fuerzas en equivocado y contrario sentido, y subvierte las bases de la vida.

Bajo tal concepto, la conciencia es el único elemento perturbador de la armonía general, y como ésta, en la parte que á la racionalidad se refiere estriba en el deber, la conciencia para perturbar ataca á éste, se hace injusta, y se mancha con la obra del mal, que constituida en hábito, se llama *vicio*.

En el concepto que hoy nos ocupa, la conciencia se empeña en desconocer la acción de

toda fuerza, toma su partido por la materia, y se propone presentar á la vida el grosero obstáculo de la inercia; y puesto que la actividad, traída á la esfera en que la conciencia se desenvuelve, se llama *trabajo*, el hombre parece declararse obstinado enemigo de la laboriosidad y suscitarle el terrible contrapeso de la *pereza*.

Mas ¡ah! la pereza también tiene su labor; á pesar suyo, en el fondo de su negación brota una potente realidad, como en el seno de la muerte se vé agitarse y bullir la vida. Cuando el perezoso cree que se halla más estancado, por bajo de sus miembros laxos, de su cuerpo inmóvil, de su catalepsia orgánica, el espíritu discurre; camina por entre las brumas de su soñolencia, apartando á un lado los fantasmas del deber, los impertinentes consejeros de la dignidad y del decoro humanos, los incansables defensores del pensamiento del *Creador* y de la ley de la criatura, y desplegando una agilidad, una sutileza y una fecundidad pasmosísimas para inventar lo malo y para tramar planes estupendos de un maquiavelismo sensual, y de una originalidad y unos resultados verdaderamente diabólicos.

La pereza no es una facultad inicial, es ella misma un resultado del hábito, si bien á veces el temperamento orgánico y los vicios de constitución heredados de los mayores, predisponen y preparan para contraerle en la más tierna edad. Hija de la sensualidad propia y fomentada por la apatía de la sensualidad ajena, aparece como expresión leve de la organización enferma ó de la herencia funesta, y se desenvuelve y fortalece á favor del abandono en que la dejan la desidia paternal y la indiferencia de los extraños.

Ya porque no se entienden como dañosos los vicios de que participamos; ya porque la corrección y cuidado de seres enfermos imponen esfuerzos y sacrificios que siempre escatiman los perezosos, ya, en fin, porque el egoísmo nos aconseja no molestarnos en provecho de otros, y ménos cuando los malos hábitos han de desfogar en edades y circunstancias que no nos llegan, es lo cierto que la pereza crece y toma posesión del alma á nuestra vista, sin que, cuando más, hagamos otra cosa que protestar contra su obra, lanzando un anatema contra cada una de sus manifestaciones ó imponiendo, con igual sin razón y la más injusta crueldad, un castigo más ó ménos severo.

Por regla general, por no decir siempre, los hijos sólo tienen los defectos que no supieron quitarles los padres, ó que, por el contrario, emanaron de la mala educación que han recibido de ellos. En las culpas de cada cual, toca una gran parte de responsabilidad á los progenitores é influyentes: y á no ser porque hay una edad en que la conciencia personal debe llamar á sí todo el pasado para escoger en él los móviles de la conducta y los elementos de la vida, es innegable que ante la justicia y la equidad vendría cada cual á responder de los hechos ajenos, tanto como de los propios.

En ningún defecto se vé esto con más claridad quizás que en los de la pereza, por ser ésta un hábito que muestra fácilmente su carácter adventicio. Puesto que todo trabaja en la naturaleza y puesto que el movimiento y la generación constituyen la vida en el Universo, preciso es que el placer de la inacción, la tendencia al quietismo y el hecho de la inmovilidad, resulten de una primitiva violencia hecha á la naturaleza individual, de un hábito pertinazmente sostenido contra la ley de toda realidad y el mecanismo de toda la creación.

Si esto que existe es una enorme é inmensa maquinaria, el ser perezoso debe ser como el grano de arena que coloca mano malévolamente al paso de una rueda ó entre las espirales del muelle de un reloj. La humanidad que no hace nada, es la constante resistencia que tiene que

vencer la humanidad que lo hace todo; de manera que en cualquier problema de laboriosidad moral, siempre hay que contar con la pereza humana, como elemento á restar con las resistencias naturales, de la suma de las actividades y de las grandezas de los productos.

Tal resta hace la abeja cuando dá la muerte al zángano: mátales porque amenaza con comer y no trabajar; ¿qué sucedería si, tras de consumir, hiciese daño como le pasa al zángano de la colmena social?

Porque ya lo hemos dicho; contra la voluntad del perezoso, el espíritu se mueve: el *dolce far niente*, expresión del blando quietismo de los órganos, no puede impedir que lúbricas imágenes acudan á la fantasía para engendrar el pensamiento y la determinación del vicio, ni que negros fantasmas sombreen la imaginación para dar forma á la idea y al designio de cometer un crimen.

No por otra cosa se ha dicho que *la ociosidad es madre de todos los vicios*, para enseñar al perezoso como se torna fecunda su pereza y como se verifica una espantosa generación bajo la apariencia de la inmovilidad y de la muerte.

Estátua de mármol con alma de demonio, puede ser el perezoso: olla de barro que lleva por dentro el fuego del deseo, en que han de cocer y deshacerse bienes y virtudes que están por fuera.

El perezoso no suele ser el hombre impotente, ni el inepto, ni el inútil; sino el sibarita corrompido, tan aseQUIBLE al deleite como cerrado al sentimentalismo humano; el entendimiento embrutecido, tan bajo frente á la idea científica y al proyecto útil, como proporcionado al pensamiento brutal y al sistema aterrador y desastroso; ó la personalidad degradada, tan alejada del trabajo y de la misión social, como preparada para el mal y apta para el vicio y el delito.

El hombre tronco, es simplemente despreciable; en tanto que el corrompido es repugnante, el brutal temible y el malvado execrable. El hombre piedra casi puede decirse que no existe: sería un ser estorbo, y la naturaleza por todas partes barre esos seres del paso de cuanto vive: es arcilla que arrastra á su pesar la fuerza y la somete á la eterna ley de la movilidad y del cambio. La pereza no puede ser absoluta; hay, pues, que entenderla como estancamiento en la indolencia y el egoísmo, ó como indiferencia del bien y del mal: y en ambos casos acusa un grado de perversión en el sentido moral, que se explica por la mala educación.

Poned un espíritu activo en el blando seno de los placeres: dejadle holgar por la amplia región de las comodidades, la riqueza y la ociosidad; condenadle á la dura ley del aburrimiento ó disipad las brumas del fastidio con incentivos de la sensualidad, tentaciones del vicio y conquistas del dinero, y bien pronto habreis enervado sus fuerzas, infructificado su vida y dado muerte á sus instintos y facultades, ya comunicándoles una falsa dirección, ya sustituyendo sus objetos y sus fines por otros equivocados, torpes y perniciosos.

Al contrario; tomad aquel otro espíritu nacido con tendencias á la inacción, con escaso poder vital y abrumado con la pesadumbre de un temperamento linfático y de una insoponible atrabilis; conducidle bajo la doble influencia de un régimen higiénico reconstituyente y de una educación severa y laboriosa, y es seguro que en breve, curado de su dolencia general, cuerpo y alma entrarán en el concierto de la vida y bajo el yugo de la ley del trabajo.

No hay duda: la pereza es un hábito; la pereza es un falso sentido comunicado á nuestras disposiciones naturales, y una de las muchas monstruosidades abortadas en su camino por la pobre razón humana, tan grande cuan-

do acierta, como infeliz y pavorosa cuando se extravía.

Haber hecho de la pereza un paraíso, de la soñolencia una dicha, del quietismo una gloria divina, es la mayor de las aberraciones: entiéndese tal invento, cuando en la infancia de la civilización anda el pensamiento como ave que ensaya sus alas, rozando la tierra; cuando la gravedad domina y la materia nos sofoca: mas hoy, cuando la razón se ensalza, cuando el alma con tristeza y sólo por dura ley de la existencia, torna su mirada al barro y presta el organismo á la tierra para adaptarla á las necesidades corpóreas ó amoldarla á los fines del progreso; hoy que se ama más la materia mientras más movable y la fuerza mientras más potente; hoy que la pesantez es eterna desesperación del espíritu inquieto, y la inercia irritación constante del afán del movimiento y del deseo de la innovación; hoy, en fin, que la movilidad seduce, agita y empuja y que la vida es algo que se devora, y el pensamiento algo que golpea, y el corazón algo que arde, y la conciencia algo que rueda, hoy el ente perezoso, como inactivo se desprecia, y como pernicioso se aplasta.

La ley del trabajo es universal y eterna; cuerpos y agentes, materia y espíritu, átomos y mundos, piedras y hombres, animalidad y humanidad, todo bulle, circula, lucha, se lanza, se cambia, se transforma, progresa, se perfecciona y vive.

Preciso es, pues, que en tan vasto y complicado mecanismo, el hombre no piense en el ocio, no propenda al quietismo ni ame la pereza; cualquiera pieza de esta gran máquina le destrozaría si lo encontrara adormecido, como rompe y descuaja la roca la fuerza tremenda del torrente.

Cádiz: 1878.

ROMUALDO A. ESPINO.

HOJAS SUELTAS.

(Fragmento de una novela).

Á RICARDO.

No sé, mi querido Ricardo, si la sociedad, si tú mismo á quien las dedico, hareis algun aprecio de estas páginas de mi historia que me pongo coleccionar.

En épocas como la presente, la humanidad presta toda su atención al eco del cañon que rueda en el vacío; el sentimiento saturado de auras de sangre, adquiere insensibilidad para percibir las ráfagas que emanan del alma, y toda voz que no hable de las tristes luchas sobre las cuales se condensan todos los pensamientos, se pierde sin ser escuchada.

No pretendo que la mía tenga el valor de atraer esa atención tan justamente excitada; sólo quiero que ante esas historias de muerte pase ésta desapercibida, para librarla así de los alfilerazos que puede asestarle la pequeña crítica en menudas dosis que nos propina la ignorancia y nos administra la envidia, porque la crítica noble y razonada del talento, la crítica sin hiel que ilustra y enseña, no es nada temible, antes bien, es una especie de crisol que depura las obras de la inteligencia, descubriendo al calor de su juicio la escoria de sus defectos, y haciendo brillar sus bellezas bajo su luz benévola, como brillan con el sol los diamantes que en la sombra aparecían opacos.

Hé ahí por qué elijo este momento para ofrecerte algunos episodios de mi vida en estas pobres páginas, porque juzgo bastante ocupados á los aristarcos al por menor para fijarse en ellas... ¡Oh! yo sé que la despedazaría con fruición!...

Los escritores tenemos el mismo valor que tenían los antiguos mártires, cuando entregaban su cuerpo á las fieras sobre la arena del circo.

Nosotros, sobre el campo de la opinión pública, arrojamos nuestra alma, y con impasible calma la vemos despedazar....

Porque no hay obra que no lleve en sí algo de su autor, como no hay ficción que no encierre algo de verdad.

Y el autor que siente despedazar por unas manos torpes y rudas sus ideas más delicadas, sus sentimien-

tos más puros, debe sufrir un insoportable tormento. Los mártires de la fe tenían una recompensa gloriosa...

¡Quién sabe cual será la de los mártires de la idea!...

¡Acaso un poco de ese humo impalpable que llamamos gloria, ondula sobre su nombre y se fija en su sepulcro!... ¡Acaso le envuelva el olvido en su manto de hielo!

Ellos aparecen entre las sociedades como encargados de una misión sublime: de embellecer con esa impalpable luz que emana de sus pensamientos las ásperas realidades de la vida material. Ellos cruzan el mundo como misteriosos profetas de una belleza superior que anuncian con sus palabras, y, sin embargo, la sociedad se complace en sembrar de abrojos su camino; la sociedad explota ese abandono de todo lo que no son sus hermosos sueños, sus idealidades celeste, que distingue al poeta!...

El poeta vende sus ideas por un poco de pan... la sociedad las compra sin el más leve remordimiento, como compraría para un chal ó para una corbata las alas de un ángel, si éstos se tomasen el trabajo de bajar á la tierra.

Hasta en el fondo del más puro idealismo existe algo de fría realidad...

La vida es así.

Nosotros, pobres seres, «mitad polvo, mitad dioses», como dice lord Byron por boca de su héroe Manfredo, tenemos aspiraciones infinitas y necesidades miserables.

Para nosotros todo está sabiamente equilibrado; los cambios de luz y sombra no sólo existen en el mundo físico, existen también en el mundo moral, y cada individuo siente en sí mismo esas supremas graduaciones.

Necesitamos dos atmósferas para vivir: atmósfera material y atmósfera intelectual.

Con la primera bebemos la vida del cuerpo; con la segunda la vida del alma.

No es, sin embargo, completamente seguro que todos los seres sientan esa doble vida.

Muchos habrá que vivirán felices sin otra clase de atmósfera que el aire que aspiran sus pulmones.

¡Yo no sé si he dicho bien al decir que vivirán felices!...

Es la felicidad una sensación de tal grandeza, que no puede aplicarse con justicia á la inercia, á la atonía, á la nada.

Nosotros no podemos elegir nuestros sentimientos, porque ellos emanan de Dios.

Nosotros no somos otra cosa que pobres piezas diseminadas sobre el tablero del mundo, que los supremos jugadores del misterioso ajedrez de la vida colocan á su antojo.

¡Pequeños átomos que dispersa un viento de muerte!

¡Suspendo, por consideración á tí, mis tristes reflexiones!...

El carácter de una persona, y hasta sus sentimientos, no son con frecuencia un resultado espontáneo de su manera de ser, sino una consecuencia resultado de su educación y sus costumbres.

Diríase que un hombre llega á ser una reducción exacta de cuanto le ha rodeado: una copia del todo en la parte.

Hé aquí por qué el fondo de mi carácter es triste; por qué en él, como un residuo amargo, conservo el recuerdo de mi primer dolor, acontecimiento de tal importancia en mi vida, que puede decirse me abrió las puertas de ella, porque soñar eso es vivir, y yo, hasta sufrir ese dolor, que como un choque violento entre las dos facultades de mi ser, entre el alma y la materia, me despertó bruscamente á la realidad, había vivido soñando.

Adormecido bajo el cuidado constante de mi madre, como bajo el ala de un ángel, mi pensamiento no salía del círculo encantador que su amor me había trazado; puede decirse que no respiraba otra atmósfera que la que estaba purificada con su aliento, y no comprendía otros sentimientos que los que su corazón transmitía al mío por la suave corriente del cariño.

Esta completa ignorancia de la vida creaba una gran soledad en torno de mí, que no carecía de encanto.

Yo era, en medio de la sociedad, un ser extraño: conocía su historia y desconocía por completo sus costumbres.

La verdad, la virtud, la generosidad, el valor, la abnegación, y tantas otras virtudes que honran al espíritu humano, eran para mí las armas legales de la vida, las únicas de que el hombre podía y debía utilizarse.

Mi carácter, formado bajo la dulce y suave presión de la voluntad de mi madre, toda ternura, toda abnegación, toda amor para mí, era de una flexibilidad y una dulzura extraña.

El corazón de mi madre era la base firme y santa de todos mis sentimientos, era el manantial inagotable donde yo bebía raudales de fe, y como mi espíritu sólo estaba en contacto con el suyo, como sólo su amor tenía que poner á prueba, mi fe crecía y mi confianza se afirmaba, porque el desengaño no existía para mí.

La ternura celosa de mi madre me había aislado de toda sociedad; oculto con ella en nuestra vieja casa solariiega, que se alza orgullosa en una pequeña ciudad de Andalucía, desde la muerte de mi padre, de la cual apenas conservo una idea, el roce social no existía para nosotros.

Yo jamás he tenido hermanos, esos amigos dados por la naturaleza, y de este modo todos mis afectos se refundían en un solo afecto: mi madre.

Yo debía á la suerte el pertenecer á una elevada clase, y debía á la educación especial que había recibido el comprender y apreciar el valor de ello.

Yo veía en la sociedad una sucesión de variados cuadros, distintos en colorido, pero trazados sobre el mismo fondo.

Veía á la sociedad dividida en clases y unida en deberes.... La veía libre ante la razón y la conciencia, y esclava de sus leyes y sus preceptos.

Yo comprendía la lucha de la inteligencia contra todos los misterios de las ciencias, y su análisis, que vá ensanchando ante el hombre tantas sendas que le eran desconocidas, pero jamás pensé que esa lucha impía llegase hasta Dios.

¡No! Yo no podía comprenderlo; yo creía que ante esa augusta palabra el hombre sólo tendría adoración y admiración!...

Todos estos pensamientos no se formulaban entonces en mis palabras, ni se percibían en mis sensaciones.

Eran como un germen de ideas arrojado por no sé qué ráfagas misteriosas en mi cerebro, para demostrarse después.

Porque yo no creo que el cerebro sea el laboratorio de que sale la idea, brillantemente ataviada á veces, desnuda, pero rica y vigorosa otras; yo creo que él es sólo el punto de apoyo del pensamiento, que emana de Dios, como lo es la roca de las nubes que emanan del mar.

El cerebro, que al fin será un poco de tierra, no puede tener una facultad creadora, sólo puede, por su delicada estructura, percibir antes que ningún otro punto de nuestro organismo la chispa vivificadora que emana de una sustancia divina.

A pesar del inmenso abismo que nos separa de esos primeros años de mi existencia; á pesar de que al recorrer el vasto panorama de la vida he dejado entre las asperezas de sus realidades magníficos girones del manto de mis creencias; aunque hoy al sentir agotarse la savia de mi confianza, germen nobilísimo de todas las virtudes, aún conservo, como dos blancos lirios que se alzasen entre malezas, dos sentimientos tan arraigados en mi corazón, que las olas del tiempo no han podido arrollarlos: ¡mi fe en Dios, y la esperanza de volver á ver á mi madre sobre las soledades de la gloria!

Te hablo de esta primera época de mi vida porque ella no tiene historia, y no podría ocupar un lugar en las páginas de ésta.

Era como una aurora dulcísima precediendo á un día tempestuoso.

Esos veinte años iluminados por el amor de mi madre y suavizados, embellecidos por la sencillez de mis gustos y la pureza de mi alma, son las blancas hojas que impregnadas de un perfume celeste engalanan el libro de mi vida, tan rico en dolores. Pero el mayor de todos, sin duda porque fué el primero, es el que la muerte de esa madre adorada me hizo sentir.

Yo la había creído mía, eternamente mía, y yo ignoraba que nosotros, pobres seres que pasamos ligeramente sobre la tierra, nada podemos poseer á perpetuidad; nuestra propiedad es efímera, porque el frágil molde en que nuestra alma se encierra, se rompe para

dejarla libre y vuelve á ser arcilla miserable.

Mi madre pagó su tributo á la muerte, y yo, ante aquella forma adorada que ya *no era*, sentí la inmensidad de la lucha á que la humanidad está condenada, porque el hombre ama de una manera inmortal y apoya su amor sobre un ser que muere. Mi soledad era una larga agonía; aquella casa impregnada de su recuerdo, me parecía un santuario de cuyo altar se ha quitado la imagen que lo adornaba, y con ansia de olvido, con sed de algo nuevo que llenase el vacío de mis pensamientos, embriagado en la primera ráfaga de libertad que respiraba, pues solo ya era dueño por completo de mis acciones, decidí buscar en América, en ese mundo nuevo para mí, la realización de mis esperanzas, que yo sentía brotar de mis pensamientos sin detenerme á analizar ni comprender.

Esta decision marcó una nueva época en mi vida, y este viaje llegó á ser la primera página de mi historia, que voy á escribir para tí. No temas que los indiferentes descubran mi nombre bajo el velo del misterio en que se oculta... ¡Qué hombre no podrá creerla suya, después que la haya leído, si no en los detalles, en la esencia al ménos!

El dolor es el mismo en todos los corazones, y nosotros vivimos en un triste *valle de lágrimas*.

Tu amigo *Carlos*.

PATROCINIO DE BIEDMA.

EL DÍA DEL SEÑOR.

El que coma este pan vivirá eternamente.

(Evangélio de San Juan.)

Arda el incienso en pebeteros de oro;
El órgano sonoro
Inunde el templo santo de armonía;
De blanca cera luces á millares
Brillen en los altares:
Las calles y las plazas
Adórnense con púrpura y con flores;
Muestre el Sol sus más bellos resplandores,
Cúbrase cielo y tierra de alegría;
Que hoy sale del Santuario
Donde por nuestro amor vive en la tierra
En el recinto estrecho del Sagrario
Entre místicos velos escondido,
Porque no nos deslumbren sus fulgores,
El excelso Señor de los Señores;
Cuyo trono en los orbes tiene asiento,
Él que anima los mundos con su aliento.

Venid, niñas hermosas,
Coronada de flores la alba frente;
Venid, puras doncellas,
Gozosa el alma, el labio sonriente.
Venid, castas esposas
Trayendo en vuestros brazos, amorosas
Vuestros hijos, cual muestran sus capullos
En el tallo gentil las frescas rosas.
Venid á saludar al Dios clemente,
Al más hermoso amor de los amores,
Al que es de cielo y tierra Omnipotente;
Que entre místicos velos vá escondido
Porque no nos deslumbren sus fulgores.

Acuda el tierno niño, el varón grave,
El imberbe mancebo; y si el alma turbada
No llega á penetrar ni explicar sabe
El misterio que tiene ante sus ojos,
Postrándose de hinojos
Reconozca que el hombre es polvo, nada.
Los misterios de Dios Omnipotente
En su infinita inexplicable altura,
Aunque soberbia alguna vez lo intente,
Jamás podrá alcanzar la criatura.

«De aquí no pasarás»: dijo á los mares,
Y en vano con su ciencia
El hombre intentará romper los diques
Que al mar trazó de Dios la omnipotencia.
Así cual puso dique al mar potente,
Límites dió á la humana inteligencia.

El Sol que dá á los mundos luz y vida,
La Luna y las estrellas,
Celestes luminaires
Que brillan á millares
En el espacio inmenso de los cielos,
Misterios son, sublime maravilla

Que sólo Dios tan bella formar pudo,
Ante cuya grandeza
Se admira el hombre duro,
Y el sabio de su ciencia envanecido
Enmudece y se humilla,
É inclina la cabeza
Diciendo con acento dolorido:
¡Toda una vida en estudiar gastada
Para saber al fin, que no se nada!.....

Mas que el sabio, dichosa
El alma venturosa
Que tiene fe, y espera
Dice humilde: «¡Señor, yo no te veo;
Mas la tierra y los mares
Y esos esplendorosos luminaires
Que en la celeste esfera
Brillar hermosos veo,
Libros son en que está tu gloria escrita;
Yo los miro y los leo,
Otras pruebas mi fe no necesita:
¡Te bendigo, Señor, tu nombre creo!»

Como el Sol que se oculta entre las nubes,
En el sagrado templo
En estrecho recinto,
Oculto, Jesús mío, te contemplo;
Mas aunque allí te escondes,
Al alma que te busca fervorosa
Como padre amoroso la respondes.
Si la vista mortal no puede verte,
Puede el alma elevarse á contemplarte;
Que tu bondad inmensa en ella vierte
Al conocer su anhelo
Tan clara luz, que al fin logra mirarte,
Gozando en este suelo
La dicha de los justos en el cielo.

En el sagrado cáliz
El bálsamo se encierra prodigioso
Que las profundas llagas cicatriza
Del corazón herido:
Allí el maná sabroso,
La cristalina y abundosa fuente
Donde el alma doliente
Que vá por este mundo peregrina
Con hambre y sed de un bien desconocido,
Bien que no puede hallar más le adivina,
Allí todo su anhelo halla cumplido.

La belleza de Dios incomparable
El alma vé, y se anega
En un mar de delicias inefable.
Ama, y en este amor goza y se abisma
Olvidada del mundo y de sí misma.
A expresar su ventura
Nunca la humana lengua se atreviera
Que fuera para hacerlo pobre y dura.

Sólo un ángel pudiera
En divinos conceptos
De inefable dulzura,
En el cielo aprendidos,
Expresar estos goces bendecidos.
¡Oh mi dulce Jesús! ¡Padre amoroso!
El que no logra hallarte
Es que tal vez soberbio y orgulloso
No pretendió buscarte;
Que si amante y humilde te buscara
¡Oh mi dulce Jesús! él te encontrara!

Venid, niñas hermosas,
Venid, puras doncellas,
Y vosotras también castas esposas
Trayendo en vuestros brazos amorosas
Vuestros hijos, cual muestran sus capullos
En el tallo gentil las frescas rosas.
Venid con alma pura
Á saludar al celestial esposo
Que nos dice piadoso:
«Yo soy camino de verdad y vida;
El alma que me sigue fervorosa
Nunca en tinieblas se verá perdida.»
Con un manjar divino
Amante nos convida:
Gustando el alma este manjar precioso
Gozará eterna vida.

Ya asoma del gran día la alborada!...
Brille el Sol más que nunca esplendoroso:
Venid, cual tierna esposa enamorada,
Coronada de flores,
Á saludar al celestial esposo,

El alma de virtudes adornada,
Cantando mil loores
Al más hermoso amor de los amores.

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.

Salamanca: 1878.

Á MLLE. RATAZZI.

Decimos en España, y lo pensamos,
Que la nobleza obliga,
Y es porque todo aquello que heredamos
Al pasado nos liga.
Gracia y talento de tu madre hermosa
Tú heredarás un día,
Como hereda el capullo de la rosa
Frescura y lozanía...
Guarda, pues, Isabel, ese legado
Cual la esencia el capullo...
Y después que tu madre haya pasado
Ocupa el lugar suyo...

PATROCINIO DE BIEDMA.

INTRODUCCION Á UNA LEYENDA ANDALUZA.

I.

¡Qué más fortuna
Que nacer español, oír en la cuna
El clamor de la mar alborotada
Y abrir los ojos á la luz del día
Donde halle la mirada
Un cielo con el Sol de Andalucía?

II.

Jamás olvido
El modesto lugar donde he nacido.
De Trafalgar las olas arrullaron
De mis primeros sueños la honda calma
Y después despertaron
Ruiendo á las pasiones de mi alma.

III.

¡Con qué cariño
Recuerdo aquella edad en que era niño!
La plegaria aprendida de mi madre,
Los dulces besos que imprimió en mi boca,
Mi bondadoso padre
Poniendo freno á mi imprudencia loca.

IV.

Los tan pueriles
Como dichosos sueños infantiles,
El hondo afán, el íntimo alborozo
Conque el juguete ansiado revivía,
La pena y el sollozo
Si entre mis torpes manos lo rompía.

V.

Y el amor, luégo,
Tan puro y tan ardiente como el fuego
Que guardó la vestal en los altares,
Afluyen á mi mente en la presencia
De los bellos lugares
Testigos de mi dicha y mi inocencia.

VI.

¡Se quieren tanto
Á esos testigos del placer y el llanto
De aquella edad que tan ligera pasa!
Un recuerdo nos trae á la memoria
Cada enser de la casa,
Cada árbol del jardín sabe una historia.

VII.

¡Fuí sorprendido
En aquel murallón cojiendo un nido!
¡Allá, mi buena madre me arrullaba!
¡Aquí, lloré de amor amarga cuita!
¡Allí, siempre la hallaba!
¡Fuí en esta reja mi primera cita!

VIII.

¡Qué alegre acento
El de aquella campana del convento,
Que de mi pueblo se alza en la alta loma,
Cuando repica por su Virgen bella!
¡Ni en San Pedro de Roma
Hay campana que suene como aquella!

IX.

Toda amargura
Se templó recordando la ventura
Que se gozara allí; y aunque se vea
El aldeano en medio de la corte,
Mirará hacia su aldea
Cual la aguja imantada mira al norte.

X.

Hoy, pueblo mío,
 Á tí el acorde de mi lira envío
 Que si pintara mi pasión, tuviera
 El cadencioso ritmo del «te amo»
 Que entona la parlara
 Ave gentil volando hacia el reclamo.

XI.

En mi poesía
 No encontrarás la luz del medio día
 Que ciega con sus vivos resplandores,
 Ni el capuz de la noche aterradora;
 Pero sí los albores
 Y los matices suaves de la aurora.

XII.

Jamas del vicio
 Canté la seducción y el maleficio.
 No hay belleza en el mal. Esa poesía,
 Ni esperanza, ni amor, ni noble anhelo,
 Es voz sin melodía,
 Es un paisaje donde falta el cielo.

XIII.

Verasme en guerra
 Continua con el mal, que ni me aterra,
 Ni de mi corazón, ni de mi mente
 Los indomables ímpetus mitiga;
 El mal es la serpiente
 Que sólo muerde el pecho que la abraza!

XIV.

Siempre en progreso
 Camina el vicio, y este es su proceso:
 Tentaciones que apenas se reprimen,
 Luego, faltas que nublan la conciencia,
 Un paso más, y el crimen,
 Otro paso y se llega á la demencia!

XV.

Si la amargura
 Me lleva hasta dudar, miro á la altura,
 El infinito estático contemplo
 Y mi espíritu en Dios se reconcentra;
 Que lo inmenso es el templo
 Donde siempre y más pronto á Dios se encuentra!

XVI.

No quiero glorias
 Si he de alcanzarlas removiendo escorias.
 Prefiero á todo triunfo, á toda palma,
 Á ver mi nombre en pórfido ó granito,
 Que la hija de mi alma
 Lea sin rubor lo que su padre ha escrito.

J. P. VELARDE.

Sevilla Junio: 1878.

Á LA EMINENTE POETISA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

Siempre oculto en mi lóbrego aposento
 Pasaba los instantes de mi vida,
 Triste, como en sus penas el suicida,
 Falto de amor y de placer sediento.
 Oí de tu poesía el dulce acento
 Y renacer sentí la paz querida,
 Como la nave, que en el mar perdida
 Divisa el faro al amainar el viento.
 Hoy que entregado en brazos de la suerte
 Puede sentir mi espíritu cansado
 La doble dicha de admirarte y verte,
 Permite que dedique el alma mía
 Á tí, noble mujer, genio admirado,
 Escritora sublime, una poesía.

ARTURO GAZUL.

Cádiz: 1878.

CARTAS DE PARIS.

II.

SRA. D.^a PATROCINIO DE BIEDMA.

AMIGA mía: Continuando la realización de mi propósito de manifestar á Vd. mi humilde opinión acerca del acontecimiento que á todos nos ha traído á las orillas del Sena, voy á entrar de lleno en el asunto.

No describiré á Vd. el palacio del Trocadero, ni el del Campo de Marte; ni entretendré á Vd. con hablarle de las 6.000 almas de cabida del salón de conciertos del primero,

ni de los 352.000 piés cuadrados de superficie del segundo; ni siquiera llamaré su ilustrada atención sobre la *Exposition de la Ville de Paris*, punto céntrico del Campo de Marte; ni á guisa de hombre instruido en los detalles me permitiré nombrar á los Daviond y Bourdais, á los Hardy y Guepinet, á quienes se debe la construcción de los palacios indicados; ni tampoco le manifestaré la impresión que produce en el ánimo de los visitantes ese raro conjunto de naciones, de razas y aun de civilizaciones distintas, que proclaman en más alta voz que cuantas sectas filosóficas ó partidos políticos lo hayan jamás intentado, al par que la unidad de la especie, la fraternidad que debe existir entre todos los descendientes de un padre común.

Yo creo á Vd. perfectamente enterada de la Exposición en sus menores detalles; yo considero á los suscritores del CÁDIZ suficientemente conocedores de sucesos que desde hace dos meses publican sin interrupción los periódicos nacionales y extranjeros, y por lo tanto me evito un trabajo superior á mis fuerzas al par que ahorro á sus benévolo lectores la aridez de una descripción que, hecha por otros, ha sido amena y entretenida; así es que paso á manifestar á Vd. mi juicio, equivocado sin duda como tantas otras veces, pero leal como siempre.

El libro de la Exposición francesa de 1878 contiene un índice completo y detallado de los inmensos adelantos que las ciencias, las artes, la industria y la agricultura han hecho en el país de Carlomagno de treinta años á la fecha. A este índice acompañan otros más en extracto en ciertos puntos bien ampliados en algunos, de los trabajos de países que, como Italia, como Inglaterra, como los Estados-Unidos de América, como Austria-Hungría, como Bélgica, también cultivan las ciencias, también son artistas, también han sabido llevar la industria á extraordinaria altura, también han hallado el secreto de arrancar á la naturaleza (avara en muchos casos) sus más preciosos productos.

En pos de estos índices se encuentran otros incompletos en su mayoría, pero en casi todos los cuales llaman la atención esta ó aquella página brillante, algún objeto notable, un esfuerzo feliz de imaginación, una esperanza, no pocas ilusiones, algunas calaveradas, ruinas que atestiguan un pasado más feliz, civilizaciones que empiezan á sentir la benéfica influencia de la civilización europea.

Estas aserciones necesitan ser comentadas.

Que la sección francesa de la Exposición es un índice completo y muy detallado del estado de las artes, de la industria y de la agricultura en este país, es una verdad que no necesita demostración alguna. Desde que comenzó el brillante período de las exposiciones universales, el pueblo francés, tan amante de la gloria como amigo de las buenas formas, creyó que el prestigio de los muchos hechos heroicos de su historia pasada y contemporánea sufriera, si al lado de la gloria militar no figuraban con esplendoroso fausto las glorias de las ciencias, de la industria, de todas las artes de la paz. Y se dedicó con febril ansia al trabajo, y se aprestó bien pronto á disputar en el terreno de la nueva clase de luchas á que se citaba á las naciones, los premios concedidos al más diestro.

Pero no sólo trabajó, no sólo se ocupó en perfeccionar sus trabajos, en progresar, sino que aprendió á sacar todo el fruto posible de sus esfuerzos; en una palabra, aprendió á *exponer*, y haciendo resaltar así por la belleza de las formas la bondad del fondo, sus productos de toda clase llevaron siempre la palma en todas las exposiciones.

Y ese mismo amor á la gloria que ha llevado á los franceses como nación á dar sus tesoros y á derramar su sangre en los más remotos países, sin conseguir á veces otra cosa que una corona de laurel para su frente y la satisfacción de haber hecho reparar una injusticia; como particulares los ha incitado á no perdonar esfuerzo ni sacrificio para sobresalir, para sobrepasar á los demás, y una medalla de oro ó de bronce ó un diploma honorífico, es suficiente galardón y les remunera completamente de sus desvelos, y aun de los desembolsos que hayan tenido que hacer.

Verdad es también que en el terreno de las exposiciones es á donde se dan á conocer las casas fabricantes y los artistas, á donde se patentiza la bondad de los productos y á donde se forma, en una palabra, una clientela que no remunera tal vez hoy mismo cuanto ha costado el conseguirla, pero que tarde ó temprano, y procurando sostener el crédito, llega á dar la merecida recompensa.

Yo quisiera que mis paisanos se penetraran de estas ideas; yo quisiera que se persuadieran todos de esta influencia de las exposiciones, y es muy seguro que pensando así y presente siempre á su imaginación la idea de una nueva y próxima liza, se fueren desde luego aprestando todos para ella, pues en esta clase de guerra no se improvisan las armas, y á una Exposición hay que llevar, *no lo mejor de lo que se hace ordinariamente*: sino *lo mejor de lo que se puede hacer*. Es seguro que con la preparación suficiente, cuando dentro de dos, de tres ó más años se convoque á nuevo torneo, nuestro país estaría en él á una altura brillante.

Pero no anticipemos ideas, y continuemos el hilo del discurso.

Al lado del índice completo que representa la Exposición francesa, hay otros en extracto, he dicho aunque con algunos detalles que causan admiración. Ciertos otros países no han podido llevar á París todo lo que producen, pero han llevado una muestra de cada cosa, y en sus magníficos muestrarios brillan con lucidez extraordinaria hermosas piedras desprendidas de su rica corona artístico-industrial. Y las animadas estatuas y los juguetones cuadros de la poética Italia revelan que éste es un país de artistas y de poetas; y las colosales y bien modeladas máquinas de las dos Inglaterras (la de Europa y la de América) son un admirable monumento elevado á la industria, pero á la industria esencialmente científica; y los cristales, y los muebles de Austria-Hungría pregonan la paciencia y el trabajo incansable unido al buen gusto de sus moradores; y los géneros de Bélgica se confunden con los franceses.

Pero.... aquí termina el trabajo ordenado. En el libro de la Exposición de 1878 hay luego períodos ininteligibles, y el orden falta por completo. Aquí sorprenden nuestra vista magníficas pieles de animales irreconciliables con el hombre prestando á éste abrigo ó sosteniendo su lujo (Rusia). Allí, halagan nuestro oído admirables sonidos arrancados sistemáticamente á la naturaleza inerte por la mano de hombres que saben disponer de ésta, de modo á producir tan mágicos resultado (pianos y órganos de Rusia y de España). Más lejos observamos al tiempo, dócil esclavo de pequeños juguetes contruidos por el hombre mismo (relojes de Losada y Riego en la sección española). En otro sitio hallamos en rica colección las expresiones del acendrado cariño de nuestra madre tierra á sus amantes hijos (frutos de América, semillas de varios puntos de Europa).

Al lado de estos objetos, y alternando con ellos, no faltan telas ajadas y sin colorido, protestando á voz en cuello de los derechos protectores de determinados gobiernos; mosaicos llamados á abrirse paso en los mercados europeos; reproducciones modernas de la edad de hierro; delirios realizados de imaginaciones calenturientas y primeras piedras de los cimientos puestos á futuras civilizaciones cuyos edificios aún no pueden apreciarse.

Y en medio de este fárrago inmenso, digno cual ninguno de detenido estudio, á dónde está España?

Estoy escribiendo mis impresiones y no pienso entrar en discusión alguna sobre ellas, porque las impresiones se sienten, no se discuten, y yo podré convencerme de que mi sentir es distinto, contrario quizás, al sentir de las gentes y estoy dispuesto á reconocerlo, pero no podré por ello cambiar de naturaleza, ni dejar de experimentar lo que haya experimentado. Por otra parte, yo no sé adular al poderoso, ni halagar al desvalido, y aunque sea el primero en reconocer que el oficio de redentor es el peor de todos, no puedo menos de hablar siempre con lealtad, sin buscar con ella la redención y sin olvidar tampoco la recompensa que todas las sociedades antiguas y modernas han dado á los redentores.

Pero dejémonos de digresiones.

En la última parte del libro que he supuesto de la Exposición, es adonde he encontrado en diferentes páginas á la sección española. La prueba al canto.

Magníficos relojes: notables pianos; una exposición del ministerio de la guerra capaz de hacer honor á cualquiera nación del mundo; una colección de pinturas dibujadas con el cerebro y coloreadas con el corazón; manufacturas como la de guantería y la de calzados dignas de figurar al lado de las mejores; fotografías selectas; ricos productos del vegetal plantado por Noé; un conato de maquinaria; los mosaicos de Nolla; la cerámica del siglo pasado pero sin fábrica del Retiro; papel de clases inferiores; algunos objetos buenos de metal blanco, muchas telas, tabacos, unas porción de cosas que se dice representan no sé qué historia antigua, que por desgracia es contemporánea; y muchas más de que no me acuerdo y otras de que más vale no acordarse. Hé aquí en resumen la sección española, abstracción hecha de la parte de ella que se encuentra en el Trocadero y de la que me ocuparé pronto.

Ahora bien: ¿qué dicen todos estos objetos? ¿Qué aconsejan?

Una observación atenta é imparcial de la sección española hace comprender, y con orgullo patrio lo confieso, que en España se trabaja, y esta misma observación sirve para probar, y con el orgullo del hombre dedicado á la ciencia lo proclamo, que en nuestro país las ciencias y las artes están muy por cima de la industria y la agricultura. La Exposición del ministerio de la guerra y sobre todo la magnífica exposición antropológica, así lo atestiguan.

Nada he dicho hasta ahora de esta sección pero este es el momento de consignar que la obra del Sr. Tubino es una de las joyas de la Exposición de 1878. La colección de cráneos comprendidos en esa sección, las piezas anatomo-patológicas, los objetos curiosos de arte, las 300 fotografías de tipos españoles diferentes, todo cuanto encierra en fin y hasta el gusto en su disposición, habla

muy alto en favor de los hombres científicos de España que si desconfiados de su propio valer los unos y faltos de estímulo los otros, apenas osan acometer empresa alguna, cuando desechan su temor ó su pereza siempre han logrado hacerse apreciar de los extranjeros más que de los compatriotas. Prueban también la verdad de mi anterior aserto los trabajos del ministerio de marina que son admirables; nuestra pequeña colección de pinturas que es brillante; y aún en los mismos objetos de arte ocupan el primer lugar, los que exigen una considerable suma de conocimientos por parte de sus autores.

Y no se crea que al hablar yo así, lo hago movido por interés de clase, pues dá la casualidad de que, aparte de las piezas anatómicas remitidas por las facultades de medicina de Madrid y de Valencia, los trabajos de los profesores médicos brillan casi por su ausencia. Sólo el cuerpo de médicos-directores de baños ha dado señales de vida pero estas señales sirven sólo para indicar que existe. En efecto; yo hubiera querido que á la numerosa colección de botellas de aguas minerales remitidas á París hubiese acompañado un análisis cualitativo y cuantitativo exacto y reciente con la manifestación de los procedimientos seguidos para esos análisis y cuantos datos fueran necesarios para hacer una historia exacta y detenida de la hidrológica médica española; pues reunir muchas botellas de aguas medicinales, referir varios análisis y algunos bastante antiguos, expresar en globo las afecciones para que muchas de esas aguas deben ser administradas y la mayor ó menor concurrencia de bañistas, y algunos otros datos, es en verdad una empresa que puede acreditar la actividad de un individuo pero no es ni con mucho lo que hay derecho á esperar de un cuerpo facultativo, máxime como el de que se trata, en el que figuran personas muy competentes.

La sección española de la Exposición de París si tan favorable es en conjunto á las ciencias y á las artes, no lo es ni con mucho á la agricultura ni á la industria. En nuestro país hay muy pocos labradores científicos (llamémoslos así) y en cambio es infinito el número de los rutinarios, de lo que resulta que la tierra produce lo que quiere y no lo que puede y debería producir. Y no me refiero sólo á la cantidad de los productos sino á su calidad que si no es mala y en muchas ocasiones es buena, se debe tan sólo á la bondad infinita del que creó esta tierra y nos dió este clima. Aun nuestros mismos vinos que son tan selectos y que tanta estima tienen en el mundo entero ¿se saca de ellos el partido que debería? Y sobre todo y refiriéndome únicamente al hecho de la Exposición, tienen en esta la representación que debían? Hay cosecheros y extractores muy acreditados y de puntos tal vez no muy distantes de Cádiz, que ni siquiera se han dignado remitir una muestra de sus caldos y no faltan quienes sino han enviado lo peor de sus bodegas, con seguridad no lo han hecho de lo mejor.

Respecto á la industria se me ocurre un medio capaz de hacerla elevarse extraordinariamente en muy poco tiempo y puesto que he prometido lealtad al escribir estas líneas voy á manifestarlo. El gran medio que yo concibo no es otro que declarar absolutamente libres de derechos de importación en España á todos los géneros extranjeros que tengan similares en nuestro país. Esta medida reduciría instantáneamente todas nuestras fábricas á tres ó cuatro, es decir, á aquellas cuyos directores tuvieran conocimientos suficientes, patriotismo y medios para mejorar rápidamente su fabricación, pero estoy seguro que en un período de diez á doce años al paso que esta fabricación se perfeccionaba hasta el punto de no temer competencia ni en bondad ni en economía de género, las necesidades de un mercado cada vez más extenso harían surgir nuevas y nuevas fábricas completamente regeneradas y que aumentarían considerablemente la riqueza del país.

Porque desengañémonos; dada la indolencia nuestra, mientras un fabricante esté seguro de que por malos que sean sus productos su realización es cierta porque los derechos protectores cierran la puerta á la competencia que en precio habrían de hacerle objetos similares extranjeros, ese fabricante no sale de su paso y es en vano que se le estimule de todos los modos posibles, porque cualquiera progreso habría de ocasionarle un aumento inmediato de gastos y no es este sino el aumento de los ingresos lo que pretende, sin que la evidencia de conseguir más tarde este último y aún en mayor escala, sea un argumento para él.

Es verdad que una medida como la que acabo de indicar determinaría por el momento considerables perjuicios á la clase obrera, parte de la que se vería reducida instantáneamente á la miseria por la cesación de las fábricas y que bajo este concepto sólo se le puede proponer de la manera que yo lo hago, es decir, con la seguridad absoluta de que lo escrito no ha de tener ni el más insignificante eco, ni mucho menos trascendencia alguna; pero viniendo á un terreno más práctico ¿no sería realizable un plan como el que voy á exponer de seguida?

El gobierno (por ejemplo) acordaría que dentro de diez á quince años debería precisadamente decretarse, si no la su-

presión absoluta de derechos protectores, cuando ménos su completa rebaja. Para facilitar la futura concurrencia de nuestras fábricas con las extranjeras, se celebrarían exposiciones anuales en las que se concediesen premios exorbitantes en metálico á los productos fabriles españoles capaces de sostener la competencia con sus similares extranjeros, premios que podrían llegar hasta la exención total de contribuciones durante más ó ménos tiempo á los fabricantes.

Este doble estímulo, á saber, la necesidad de prepararse á la lucha que habría de entablarse al terminar el plazo concedido por el gobierno, y la esperanza de los premios ofrecidos, es fácil que diese un resultado tan satisfactorio que ántes de los diez ó de los quince años á que arriba aludí, nuestra industria no temiese comparación alguna con la extranjera.

Desgraciada ó afortunadamente para la España industrial y para los industriales españoles mis declaraciones de nadie serán oídas y mis propósitos jamás pasarán de esa categoría, pues no tienen el menor eco en las regiones desde donde se dictan las leyes, y si allí pudieran tener fácil acceso no sería yo quien las pronunciara, pues tengo constantemente en mi imaginación el zapatero á tus zapatos y es muy distinto el campo en que yo puedo y debo esgrimir mis armas, del que ahora incidentalmente piso.

Cumplido ya el fin que me habia propuesto y que no ha sido otro que depositar una corona de obediencia ante el ara de la amistad, réstame sólo pedir, no el consabido perdón de las faltas de los antiguos sainetes y romances populares, sino el olvido absoluto de mis humildes cartas.

Y Vd., distinguida amiga, que tan perfectamente posee el secreto de hacer hablar á los mudos, como ya por dos veces lo tiene demostrado, obligándome á coger la pluma para cosa diferente á una receta, hágame el singular obsequio de no reincidir, pues si los crímenes de lesa literatura se castigaran, en los que de esta clase llevo yo cometidos por complacer á Vd., es seguro que le hubiera alcanzado gran parte de la pena, pues más que mi cómplice en ellos ha sido Vd. la que me ha incitado á cometerlos.

Esto no obsta para que me repita siempre á sus órdenes afectísimo amigo y seguro servidor q. s. p. b.

CAYETANO DEL TORO.

París, Junio: 1878.

CARTAS ABIERTAS.

Á LA SRA. DIRECTORA DEL CÁDIZ.

MUY apreciable Sra. mía: Un espíritu grande no necesita nunca la personalidad exterior para manifestar su existencia; la llama sacra del genio no se puede ocultar. Por eso no es preciso conocer á Vd. personalmente, señora, para tener pruebas de que vuestro corazón palpita con la fuerza del genio, con ardor por todo lo que se llama *lo bello*; ni preciso conocer á Vd. para apreciar la asistencia que presta su pluma elocuente al arte, siempre inspirada de este espíritu que quiere ilustración, aproximación al ideal en todas las esferas mentales, la regeneración de todos los elementos nobles en la naturaleza humana. El trabajo generalmente es el reflejo de la individualidad, y moviéndose en las ondas rítmicas de su poesía, ó en la noble estructura lógica de su prosa, su pluma siempre es la expresión de una mujer en el sentido más apreciable de esta palabra.

Yo podría dar más extensión á mi elogio sin exagerarlo; envolver mis pensamientos en aforismos y arabescos retóricos á la Lytton Bulwer, pero como Vd. no necesita el homenaje de mi pluma, ni yo—hablando con franqueza—soy aficionado á una fraseología inútil ó de introducciones triviales ó prefacios minuciosos por el estilo de Walter Scott, me limito á la reverencia respetuosa, que me exige la admiración de su pluma, para pasar al orden del día, como se dice en términos parlamentarios.

Supongo, señora, que se ha retirado Vd. del gentío alegre de las Delicias, que en muchos conceptos tiene una vista tan interesante, y para almas, dispuestas á examinar el fondo de todas las apariencias sociales, no contentándose con el exterior, á tantas reflexiones de carácter tan diferentes se presta. Supongo que se ha retirado Vd. al seno de la naturaleza, á las bóvedas floreadas del Peregil, á donde las sílfides, que salen de las ondas cantantes tras las murallas, tienen su refugio para descansar, charlar un rato y reírse de la supremacía de la moda de las protestas del cuerpo feme-

nino contra los edictos de la modista tal y cual en París, y cantar sus elegías sobre la supresión de la sencillez.

Supongo que se ha dedicado Vd. á una meditación en las impresiones del paseo ó en la triste salida de la propuesta del Sr. Olano con motivo de la abolición de las corridas de toros, una diversión (si esa es la palabra justa) tan indigna de un país dentro de Europa como indigna de nuestro siglo, una esclavitud de costumbres nacionales y tradiciones demasiado antiguas, que seguramente no contribuyen á una impresión favorable de España en su relación al mundo civilizado.

Ó Vd. está pensando, señora, en una verdad que se presenta en forma de pregunta á cada viajero extranjero: ¿Qué es eso? ¿No han nacido nunca en España hijos cuyos nombres brillen como estrellas sobre la muchedumbre? ¿No ha tenido la Península una época gloriosa con almas grandes cuyos nombres cantaban las ondas del Océano de una orilla á otra entre dos mundos, nombres inscritos con escritura indeleble por el lápiz de Clio en la pizarra de la historia, nombres que conserva el parnaso del genio entre sus adornos mejores? Parece que no, porque se encuentran pocas señales monumentales á cuya honra el país debe su gloria anterior.

La historia protesta, apuntando nombres como Calderón, Cervantes, Murillo, Velázquez, Séneca y Vega. Entonces, dice el extranjero, tiene la pobreza la culpa?

La naturaleza protesta:—¡no mil veces nó!—de mis faldas se extraerían tantas riquezas como se refiere en las noches árabes, bastante para ofrecer un monumento á cada hijo de mi suelo que contribuyó á la aureola de su patria, pero en vez de adorar é inmortalizar mis hijos mejores les olvidan, ofreciéndoles casi como cosa de parodia en conmemoración de todo lo que ellos han hecho por la humanidad y la civilización otra y otra nueva plaza de toros, foro de una distracción y arena de combatientes, que han tenido—yo no sé con qué derecho—el noble atributo de arte y artistas.

Basta de suposiciones y basta con una polémica que parece hacer volver mi epístola en una filípica!

Me permito acercarme á Vd. *sans façon*, interrumpiendo su serie de reflexiones para invitar á Vd. á una excursión en un país que ha sufrido tanto como España, aunque no de la misma manera; un país, en donde el arte siempre ha sido considerado como el foco de todos los sentimientos sublimes, siempre atendido como una de las condiciones que dan al estado el derecho de propia vida é independencia en existencia política.

El tiempo ha sido tan belicoso, el aire tan lleno de gritos de discordia, envidia, desgracia y dolores, que es menester hallar un punto de reunión, lo que nos presta la esfera etérea de lo bello.

Cualquiera diferencia que presente el Norte de Europa y el Sur, sea en naturaleza del suelo, sea en la de la nación, el arte no se refiere en su carácter principal ni en su misión á uno ú otro hemisferio particular. Las anchuras de lo bello se extienden sobre todo el mundo á donde se ofrece al ideal una mirada ó un pensamiento, á donde los nervios están vibrando de un sentimiento—sabido ó no—de la combinación entre lo bello y el eterno.

Conque!—El tren especial nos espera, señora!—*aux voilures!*—Nuestro tren es el pensamiento alado!—El mundo todavía no conoce mejor medio de comunicación á pesar de James Watt y la matemática.... Ya estamos en Copenhague, que con cierto derecho se llama el Atenas del Norte.

No necesito extenderme sobre esta verdad, que cada país ha tenido su época fecunda en arte, literatura y ciencia, una época en la cual el campo del espíritu ayudado de condiciones y circunstancias exteriores se hinchaba á la riqueza y abundancia de una Golconda, llevando un río fresco de ideas fertilizadas sobre anchuras que suspiraban y gemían por tal influencia, arrojando sus tesoros, sus perlas brillantes como gotas de la cascada sobre el suelo, que esperaba su redención, dando la vida á una idea escondida allí, otra allá y echándolas en la arena internacional para la contemplación y el análisis cosmopolítico para consecuencias de un alcance apenas anticipado, alguna vez trastornando sistemas y teorías ya antiguas, para con-

ducir al desarrollo del mundo en un curso nuevo. Prueba es la primera época de la literatura alemana entre 1190-1300 con su madurez y fausto intelectual, produciendo poemas épicos, leyendas con héroes y heroínas de una hermosura monumental, cosas y caracteres, cuya reproducción el compositor Ricardo Wagner en nuestro tiempo ha manifestado por su *musikalisches drama*. Luégo la temporada ilustre en Inglaterra entre 1702-1714 en el reino de Anna, tan célebre que la literatura inglesa la ha titulado *the augustian era*. La época de Shakespeare, Dryden, Milton, también, que unió el fausto de la corte de Elisabeth, con la flor de todo lo que Inglaterra llamaba nobleza y grandeza del espíritu, bajo la protección de una reina orgullosa pero instruida y entusiasmada. El renacimiento del arte en Italia, indicado por nombres tan luminosos como los de Raphael, Michel Angelo, Cellini, Medici, Leonardo da Vinci—otra manifestación de una reunión feliz entre todos los ramos del arte, ciencia y sabiduría, tanto como fué el tiempo glorioso de Francia en el siglo XVII cuando el grande hombre de estado en su forma pequeña, Luis XIV, enseñaba al mundo la doctrina de una ciencia económica-política por su propio estilo, haciendo temblar el senado con su frase omnipotente: *moi, je suis l'état*, y sin embargo encima de su absolutismo en el centro de talentos y genio por medio de hombres como Mazain Cocker, Condé, Moliere, Corneille, Racine, La Fontaine fundaba aquella magnitud que hoy levanta el pecho con admiración y orgullo de cada hijo de la bella Francia.

¿Necesitamos repetir los nombres de Murillo, Velázquez, Rivera para recordar la época gloriosa de España? Ella ha tenido la suya como Heda, Austria, Suecia y Noruega. Cada país ha tenido un Otoño, que daba lo que prometió la Primavera. La última época grande de Dinamarca encontramos en nuestro siglo, agrupándose en torno del trono y bajo la protección del escudo real corifeos entre los cuales se recuerdan Alberto Thorvaldsen, nombrado por la crítica estética el Fidiás del Norte, porque entendió mejor que el cincel formal y demasiado elegante de su contemporáneo Canova, infundir su mármol con la dignidad, la sencillez y la naturaleza del espíritu de la antigüedad. Adam Oehlenschläger, cuyos dramas ahora mismo son objeto de elogio y ovaciones delirantes en la escena imperial de Viena.

H. C. Andersen, autor de cuentos con cierta analogía con los de Grimm Hermanos, cuentos que ahora se leen en casi todas las lenguas europeas aún en traducción oriental, prestando con su forma exterior en imágenes e ilustraciones bastante fáciles y sencillas un encanto a la imaginación de los niños, al mismo tiempo que el espíritu maduro que rompe la superficie para buscar algo más, puede sacar en el fondo de este juego de palabras y metáforas perlas de verdad y moral. Además Juan Luis Heiberg el estético y satírico autor excelente de *vaudevilles*, un buen *connaissanceur* de la literatura de España en general y del drama español en particular, dedicando su disputa al grado de Doctor a la poesía de Calderón, contrajo después una amistad con el autor eminente alemán Hegel, cuya filosofía gozaba cierta influencia en su pluma, que dándose nacional en sus zarzuelas, mientras que los dramas, en la última temporada de su vida, otra vez se acercaban al estilo español. Él ya había bebido el néctar de su musa en la leche de su madre, señora Gyllembourg, tan conocida como el autor de *Historias diarias*. Dotada de una mirada psicológica y calidades críticas, ella sacaba con una verdad casi fotográfica bosquejos, escenas y momentos de la vida de familia íntima, un campo que según mi opinión no puede tener mejor explorador que el talento de una *dame d'esprit*.

Su hijo fué el heredero del elemento satírico de su gran padre, también escritor, y de la inspiración romántica de su madre. Una vez hablando de J. L. Heiberg, preciso es nombrar su esposa tan célebre en las tablas del teatro real, que la empleó después como directora de estética, como él lo fué en su esfera. Bastante riqueza de acontecimientos para dar materiales a romances históricos y poemas épicos, baladas y dramas tiene la historia de Dinamarca.

Ingemann con el modelo de Walter Scott se dedicó a este género, disfrutando de las virtudes del autor escocés pero dejando esta calidad de extensión, esta pin-

tura minuciosa y este análisis microscópico con que Walter Scott siempre fatiga sus lectores, y a pesar de la buena voluntad y bastante paciencia cristiana hace uno marcar hasta que la exposición de cada asunto se ha pasado. Hay también Cristian Winther, conocido por sus poemas líricos con impresión de un estilo elegante y humor idílico. Federico Paludan Muller con el sobrenombre el *Autor de Adam Homo*, porque su mejor obra es una exposición de elegancia y dignidad en forma, perfección en el trato rítmico, entusiasmo por su asunto y un esplendor en el color, todo lo que da relieve a sus reflexiones irónicas y ataques, polémicas contra las tonterías, vicios y cosas ridículas en la vida social y doméstica.

Como Dryden él era el maestro de la forma. Como orador político se ha distinguido Orla Lehman, tan elocuente en la silla del Parlamento, cuando inspirado por amor a un Norte unido, tomaba la palabra para enterar a la cámara en su idea de la reunión de Dinamarca, Suecia y Noruega bajo la misma corona, ó cuando se opuso a las usurpaciones de Alemania en los ducados de Holstein y Slesvig, como célebre en el banco de justicia en calidad de fiscal. El mismo amor de patria que llena é hincha cada línea en esta elocuencia política, canta a través de los cantos nacionales é himnos a la patria del poeta Carlos Ploug.

En Sören Kirkegaard vemos un filósofo severo, entrando en la vida psicológica, desecando con el acero agudo de la palabra, con una ironía audaz la organización del YO buscando en el *sanctuarium* del corazón las condiciones, los motivos é impulsos que dominan este YO en su relación a sí mismo, a la sociedad y a Dios, siempre exponiendo con agudeza inimitable y agilidad magistral por los experimentos de su pensamiento penetrante los resultados más interesantes.

Aunque su producción era enorme, su pluma a nadie cansa; las ideas corren de ella, siempre nuevas, frescas, bien formadas, siempre escitando a acompañarle en sus excursiones pensativas desde la cima más sublime hasta el campo más profundo de la imaginación. Conocido en Alemania bajo el nombre «El grande incógnito» publicó gran número de volúmenes pseudónimos entre los cuales —«si ó no»— una serie de meditaciones éticas-teológicas que por su estilo y contenido es considerado como una cosa de las mejores en el ramo de la dialéctica. En su exploración de la idea «mujer» y sus estudios sobre la psicología del bello sexo se mueve su pluma con *esprit* y humor gracioso. Su esposa parece el único ser, que no sabía apreciar la filosofía de su querido esposo, porque el hombre severo del pensamiento dice en su «censura doméstica», hablando de ella: «pues soy considerado de mis contemporáneos como un buen dialéctico y disciplinado disputador, que sabe bastante exponer su cuestión, pero esta habilidad no me sirve para nada, pues aunque puedo disputar con Satanás mismo con mi señora no lo puedo. La verdad es: ella no tiene más que un silogismo ó mejor dicho, ni uno solo. Lo que los sabios llaman sofismas, eso indica ella, que no se ocupa de sabiduría, como broma y burla. Bueno! El proceso es muy fácil, es decir para los que saben maniobrar. Siempre cuando digo alguna cosa que no la gusta, sea en la forma del silogismo ó no, un discurso largo ó una observación ó una réplica corta—la forma no le importa—entonces ella me mira con una expresión, al mismo tiempo amable, agradable, benévola, encantadora, pero también triunfante y destructora, diciendo: no es más que tu broma. El resultado es, que toda mi perfección en disputa se vuelve en una cosa de lujo, que no estima nadie en mi vida doméstica. Si puedo yo, el dialéctico de práctica, hacer justicia a la lógica, mi esposa es concisa y enérgica como la real cancillería dinamarquesa, sólo con esta diferencia del alto *collegium*, que ella es muy agradable; pues es esta amabilidad, que le presta aquella autoridad, la cual sabe a cada momento emplear de la manera más encantadora.»

Así se mata a la filosofía!

Basta por hoy, señora; si mi discurso no ha cansado a Vd. demasiado, volveré.

Conque *au revoir, madame*.

Quedo de Vd. su afectísimo s. s. q. b. s. p.

GAMBORG ANDRESEN.

Cádiz: 1878.

VIRGINIA.

(Continuación.)

—¿Pero ella corresponde a su cariño? preguntó con ansia Jaime.

—Tal creo, aunque no lo ha dicho; pero si consigo hacerla aceptar mi mano, no podrá menos de amarme, porque la adoro, y sabré conquistarme su afecto: ¡ah! ella sola puede darme la felicidad. Verá Vd. lo que ha pasado.

El desconocido, cuya voz estaba alterada por la emoción y la impaciencia, tomó una silla y se sentó al lado de Jaime, quien, inclinándose con abatimiento la cabeza, se preparó a escuchar.

—Hace dos años que por cuestión de juego tuve un desafío con un hombre que ni siquiera conocía. En el paseo de Atocha, a las doce de la noche, caí mortalmente herido; mi adversario huyó creyéndome muerto; pero no lo estaba, y cuando recobré el sentido me encontré en el hospital, asistido por Sor Teresa, que no se apartó de mi lado en quince días que estuve luchando entre la vida y la muerte.

Este tiempo y el que duró después mi convalecencia, en el que no quise salir de aquí, fué suficiente para que yo admirase en mi hermosa y angelical enfermera a la verdadera hermana de la Caridad, a la mujer sublime cuyo corazón es manantial inagotable de consuelo y de bondad.

No pudo menos de conocer mi adoración, se lo manifesté con el profundo respeto que me inspiraba, y me respondió afablemente, pero rechazando siempre mis proposiciones.

Yo no podía casarme entonces; mi padre, el conde de Piñalvo, me esperaba en América, donde había ido a tomar posesión de una herencia cuantiosa. Además yo no contaba tampoco con su consentimiento, y Sor Teresa era demasiado delicada para aceptar mi mano sin la bendición paterna, siendo quizá esta la causa de su negativa. Expuse estas razones, y la manifesté mi deseo de que dejase el hábito y esperase mi regreso para casarnos, y no pude conseguirlo, se negó a todo, y no quiso admitir ni una sola flor como recuerdo de mi gratitud.

—Y ella, ¿no le manifestó su correspondencia? exclamó Jaime.

—Ni una esperanza me dió: únicamente pude conseguir que a fuerza de ruegos me dijese:

«Yaya Vd. a América, donde el deber le llama, y si un día vuelve y no ha cambiado de parecer, verá si entonces puedo ser su esposa; en tanto aquí permaneceré cumpliendo con el deber que me impone la caridad.» Ese día ha llegado y aquí estoy; mi padre murió, no tengo familia, soy libre, completamente libre, conde de Piñalvo, y poseo una fortuna de treinta millones, que vengo a ofrecer a sus pies, con mi corazón más amante que nunca y con mi mano.

—¿Y se casará Vd. con ella?

—Mañana mismo si consiente; respondió el conde con entusiasmo.

Jaime al escuchar estas palabras, estuvo a punto de desmayarse, su corazón se rompía, y tuvo que comprimirle con ambas manos para contener sus latidos.

Se levantó, y acercándose a una mesa donde había objetos de escritorio, tomó una hoja de papel y escribió en ella estas frases:

«Segismunda, adios: te encuentro y vuelvo a perderte para siempre; hay un hombre que te adora, que te merece más que yo, y te hará feliz. Tú mereces ser condesa de Piñalvo, sólo pues, yo no debo quitarte tu suerte, y recibe con mi eterna despedida la expresión de mi leal amistad.

Jaime Illescas.»

Cerró la carta, la puso sobre, y se dirigió al conde, que había vuelto a sus paseos de arriba abajo de la sala.

—Señor conde, le dijo, en la nobleza que revelan sus facciones, y en el modo generoso y grande con que quiere pagar a Sor Teresa su deuda de gratitud, conozco que es Vd. un hombre digno de poseer su corazón, y me felicito de haber tenido ocasión de conocerle, y de estrechar su mano, rogándole que la haga todo lo feliz que merece ser.

—Crea Vd. que ese es hoy mi mayor deseo; ¿pero se marcha Vd?

—Sí, señor, no puedo esperar más; se hace tarde para mí. En esta carta la manifiesto la causa que me impide esperarla.

Jaime dejó la carta sobre la mesa, y saludando al conde salió de la sala, no sin vacilar, como un niño que empieza a andar por primera vez. Se sentía trastornado, tanto que al llegar a la calle de Atocha, y en el momento de distinguir al padre de Virginia, que corría hacia él, cayó al suelo sin sentido.

Entre tanto Sor Teresa se presentó en la sala: iba radiante de alegría creyendo encontrar al hombre adorado de su corazón, y se sorprendió no poco viendo en su lugar al conde.

Ella, que había pasado la noche soñando con aquella entrevista, no pudo evitar un gesto de disgusto, que no pasó desapercibido á la investigadora y amante mirada del conde.

—Señora, exclamó, ¿no me esperaba Vd?

—Ciertamente que me ha sorprendido su visita; pero siéntese Vd., tengo mucho gusto en verle: ¿cómo sigue su señor padre?

—Mi padre murió hace más de un año; soy solo, enteramente solo; libre por lo tanto y esclavo de mi palabra y de mi gratitud, vengo á cumplir la promesa que la hice.

—¿Qué promesa? no la recuerdo, dijo Sor Teresa mirándole con admirable candidez.

—¿Cómo! ¿Tan pronto se ha olvidado Vd. de mi amor? ¿No ha tenido nunca presente mi promesa de ser su esposo?

—Verdaderamente que no: aquella declaración la creí producida por los delirios de la calentura, y no pasó por mi imaginación que Vd. volviera á pensar en mi humilde persona.

—¡Ah! ¿Conque no me amaba Vd. como yo la amo? exclamó el conde con desaliento, apoyando los codos sobre la mesa y escondiendo la frente entre sus manos.

—¡Caballero! dijo Sor Teresa conmovida al ver un dolor tan profundo; crea Vd. que me duele en el alma haberle afligido; pero no lo puedo remediar.

—Ya lo sé: ha dicho Vd. lo que siente.

La hermana de la Caridad fijó por acaso su vista en la carta que estaba sobre la mesa, y reconociendo instantáneamente la letra de Jaime, la tomó con afán, cubriéndole sus mejillas de una palidez súbita.

La abrió con trémula mano, y conforme avanzaba en su lectura, iba sufriendo su fisonomía una transformación visible: cuando concluyó, cayó el papel á sus pies, inclinó la cabeza sobre el pecho, y olvidándose de cuanto la rodeaba, y hasta de la presencia del conde, se abandonó á un dolor inmenso, quedándose inmóvil, con las manos cruzadas y los ojos bajos, deslizándose á través de sus entreabiertos párpados gruesas y amarguísimas lágrimas.

Así permaneció por espacio de algunos instantes. El conde la miraba con interés y con asombro.

La pobre joven perdía en un momento y por causa de aquel hombre, la risueña esperanza que la había hecho entrever un porvenir de felicidad y de amor. En su alma generosa y elevada no cabían los mezquinos cálculos del interés, y por más que á los ojos indiferentes y áun á los del mismo Jaime, la mano del conde fuese para ella un partido brillante, no podía imaginarse hallar la dicha donde no estaba el amor recíproco que une las almas y las engrandece, fundiéndolas en una sola, abrasada por el mismo fuego.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... murmuró al fin con expresión angelical, alzando los ojos al cielo como poniendo en Dios sus esperanzas.

—Señora! dijo el conde: daría la mitad de mi vida por saber el contenido de esa carta, y por conocer los secretos de su corazón.

Sor Teresa no contestó: enjugó tranquilamente las lágrimas que bañaban su rostro, tomó de nuevo la carta, y apoyándose en los brazos del sillón, como si hubiera necesitado este auxilio para sostenerse, la volvió á leer con la calma de una persona que, habiendo apurado con supremo esfuerzo un amargo medicamento, espera sus efectos con tranquilidad.

El conde no apartaba los ojos de aquel hermoso rostro, como queriendo leer en él todas sus impresiones.

Reinó un penoso silencio, que fué interrumpido solamente por los sollozos que se escaparon del pecho de la huérfana, á pesar de sus esfuerzos para contenerlos.

Un temblor nervioso crispaba su mano, teniendo arrugado el papel entre sus dedos, sin pensar y sin cuidarse para nada de aquel hombre generoso y noble que la contemplaba con angustia, y que hubiera dado la mitad de su vida por ahorrarla el más pequeño pesar.

De repente el dolor de la joven pareció calmarse: volvió á su fisonomía la angélica expresión que le era habitual, y exclamó con voz trémula:

—¡Ah! ¡Justo castigo de Dios!... yo no he debido entregarme á una ilusión mundana. Las hijas de San Vicente de Paul deben cumplir sobre la tierra su consoladora misión, olvidándose de que existen otros goces y otros sentimientos que no sean los de la caridad y el amor á Dios.

Luégo, alzando hacia el conde una mirada donde brillaba la santa resignación de los mártires, exclamó:

—Caballero, perdóneme Vd. si no he sido dueña de contener en su presencia el sentimiento que me dominaba; hay impresiones que interesan demasiado el alma, y yo no he aprendido el arte de disfrazar mis afectos, ni sabría fingir una cosa distinta de lo que pasa en mi corazón.

—Y yo me alegro que sea Vd. así, porque esa sinceridad me dará la certidumbre de mi desdicha, no quiero decir ó de mi felicidad; pues lo que acabo de ver me arrebató la esperanza de poder conquistar su corazón.

—En efecto, señor conde; yo debo ser muy franca con Vd. y lo seré: ¿á qué conduciría engañarle? Yo amo desde mi niñez á ese hombre que acaba de salir de aquí; ha sido mi primero, mi único amor, y le aseguro que si no puedo ser su esposa, no abandonaré nunca el santo hábito que visto.

—¡Ah! ¡Y esa carta!... exclamó el conde con ansiedad.

—Léala Vd.; hacia ocho años que no nos veíamos: hoy venía á reanudar nuestras relaciones, y al saber que usted me amaba, huye para siempre de mí, haciéndome la ofensa de creer que he de preferir las riquezas al amor.

El conde leyó la carta, y dijo después de un rato de profunda meditación.

—He sido la causa de la separación de Vds., y debo reparar mi falta buscando á ese hombre y trayéndole á sus pies.

—¡Ah! ¡Caballero! ¡Cuán generoso es Vd.!... murmuró Sor Teresa, mirándole con admiración.

—Tengo la generosidad del verdadero amor, que áun á costa de su eterna desgracia, sólo procura la felicidad del objeto de su adoración.

El conde se levantó; estaba convulso y abatido.

—Y así renunciará Vd. á sus esperanzas sin trabajo.... sin pesar...

—Señora, llevo el alma destrozada; déjeme Vd.... no me detenga, ni me diga una palabra más, porque vacilaría en mi propósito, y no quiero vacilar, ¡adiós!...

El magnánimo, el generoso conde de Piñalvo huyó precipitadamente del salón, llevando entre sus crispados dedos la carta de Jaime, que Sor Teresa le pedía con insistencia; pero no la oyó, no quiso escuchar el sonido de aquella voz dulcísima que conmovía todas las fibras de su alma, y le quitaba el valor para consumir el sacrificio que se había impuesto.

Sor Teresa, al quedarse sola, extendió las manos en actitud de inmensa gratitud, y dijo:

—¡Gracias!... ¡Alma generosa!... ¡Oh! ¡Mil gracias!... Si yo fuera capaz de amar dos veces en la vida, te amaría; pero ¡ay! que en mi corazón apasionado solo cabe este sentimiento infinito, eterno, indestructible, que ni la ausencia, ni el engaño, ni la adversidad han sido bastantes á borrar.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Madrid: 1878.

(Continuará.)

NOTICIAS.

Tenemos el gusto de participar á nuestros lectores que contamos con tres colaboradores nuevos, que han de honrar con sus trabajos nuestra publicación; los Sres. D. Eusebio Blasco, de Madrid; Mr. Gamborg Andressen; Cónsul interino de Suecia, Noruega y Dinamarca en Cádiz, y Don Rafael Obligado, distinguido poeta argentino, de cuyo talento ofreceremos una muestra en el número próximo.

La compañía cómica que dirige el Sr. Mario, va á terminar sus representaciones en el *Principal*, con gran sentimiento de sus aficionados, entre los cuales nos contamos, pues cada noche han arrancado más vivos aplausos á los espectadores las graciosas obras elegidas, y la perfecta interpretación que les dan.

La *rosa amarilla*, bonita comedia del Sr. Blasco, la última, sino nos engañamos, de las que ha escrito, fué desempeñada con el gusto y delicadeza que requiere esa joya cómica, de sencillo asunto, que apenas podemos llamar argumento, de fácil, sonora y brillante versificación; cincelada al gusto del día, con esa ligereza espiritual y graciosa que interesa sin fatigar, y sin enseñar deleita.

Los *niños y los locos*, del mismo autor, elegida para el beneficio de la señorita Fernandez, fué también admirablemente presentada, habiendo lucido en ella la beneficiada sus excelentes dotes, que el público premió con aplausos y flores.

Hemos recibido los primeros números de la revista *La Alborada*, que se publica en Panamá, República Argentina, y que nos pide el cambio. Le aceptamos con gusto.

También hemos recibido con el mismo objeto, y le agradecemos igualmente, *El eco de las clases pasivas*, de Madrid, y *La Familia*, de la Habana.

Hemos recibido un folleto, publicado en Manila, que se titula *Transformaciones cósmicas, y teoría nueva de la formación de la tierra*, escrito por D. Domingo Balet y Carreras. Es una obra sumamente interesante y curiosa: la agradecemos infinito.

La Junta Directiva interina de la *Federación literaria*, nombrada en el Congreso que presidió en Sevilla nuestra Directora, se ha reunido para oír la lectura del Reglamento orgánico de la sociedad. Asistieron los señores D. Juan

José Bueno, D. Agustín M. de la Cuadra, D. Luis Ricardo Fors, D. Manuel Cano y Cueto, D. Rafael Molero de la Borbolla, D. Francisco Sánchez Arjona y D. Manuel Giron. El Reglamento fué aprobado, con ligeras modificaciones, reservándose el señor Fors su voto en la sanción de los artículos referentes á las facultades de las *Juntas provinciales* en cuanto se relaciona con la publicación de periódicos, órganos de la sociedad. Acordóse convocar asamblea general apenas lo permita la estación, que hoy es rigurosa en Sevilla.

Hemos recibido una atenta invitación para las exequias que han de celebrarse en esta Santa y Apostólica Iglesia Catedral en sufragio por el alma de S. M. la Reina Mercedes (q. e. p. d.)

En representación de los dos Excmos. Cabildos, Catedral y Municipal, firman los señores Viesca, alcalde; Moreno, canónigo; Morote, canónigo, y Sequeira, concejal. Lo agradecemos infinito.

La *Real Sociedad económica de Amigos del País*, de Jaén, ha tenido la bondad de invitar á nuestra Directora para concurrir á la apertura de la Exposición que en esa capital ha de celebrarse en el próximo mes de Agosto, ofreciéndola cuantos datos, noticias ó dibujos puedan interesarle para el CÁDIZ, referente á tan notable acontecimiento.

La Sra. de Biedma, hija de esa provincia, agradece mucho esta atención y prueba de afecto, y si no le es posible asistir, como sería su deseo, nombrará quien la represente.

Con una concurrencia poco numerosa, pero muy distinguida, tuvo lugar el beneficio del señor Aguirre en el *Principal*, siendo muy aplaudido el beneficiado y las simpáticas actrices señoritas Fernandez y Ballesteros, no ménos que la Sra. Valverde, y los actores Mario, Romea, Zamacois y Jover. La elección de las obras no pudo ser más acertada, habiendo sido muy aplaudida la linda comedia *Los corazones de oro*.

La *Asociación sevillana de Amigos de los Pobres* piensa consagrar á la memoria de la Reina Doña Mercedes (q. e. e. g.), una corona poética. Rogamos á nuestros redactores y colaboradores que si gustan contribuir á esta delicada ofrenda, remitan sus poesías al Sr. D. Agustín M. de la Cuadra, Torija, 4, Sevilla, lo más pronto posible.

El Excmo. Ayuntamiento ha decidido solemnizar con limosnas de pan, el día en que se celebren en nuestra Santa y Apostólica Iglesia Catedral los funerales por el alma de S. M. la Reina (q. e. p. d.)

La *Integridad de la Patria* ha aumentado el interés con que era recibida por el público, haciéndose publicación diaria. Le felicitamos por ello.

Damos las gracias al Sr. Alcalde por las papeletas de limosna que ha tenido la bondad de enviarnos, las cuales fueron repartidas.

ANUNCIOS.

ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO

DEL

TEATRO ESPAÑOL,

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DÍAS,

POR D. ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.

CON UN PRÓLOGO

DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO FLORES ARENAS,

libro que tanto puede servir para la enseñanza, como para la consulta, y en el que se hallan recopilados los trabajos esparcidos por nuestros más ilustrados literatos en tratados estensísimos de *Literatura general*.

Esta obra, que consta de 75 pliegos en cuarto prolongado, de impresión muy compacta, pero clara, se hallará de venta al precio de 60 rs. en Cádiz en la tipografía *La Mercantil*.

A los Sres. Corresponsales se les hará una baja de un 20 por 100 en los ejemplares que pidan, advirtiéndoles que deben hacer los pedidos cuanto antes, por ser la tirada muy corta y haber servido ya algunos de consideración.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor.
Sacramento, 39 y Bulas 8.